

TRANSFERENCIA Y AJUSTE DE PERSONALIDAD EN LA RELACION SANCHO-QUIJOTE

Vicente M. Ortiz Oria

Universidad de Salamanca

Facultad de Psicología, Paseo de la Merced. s/n. Salamanca 37005 (España)

vortiz@usal.es

RESUMEN

Defendemos la hipótesis de que la aportación de Sancho es decisiva en el desarrollo de la progresiva «sensatez» y «cordura» que adquiere el caballero a lo largo de la novela. La sensatez filosófica de Sancho y su capacidad de «organizador psíquico» influye en D. Quijote reequilibrando su distorsión, hasta el punto de ser, con su elocuencia, artífice persuasivo de la adaptación que desarrolla el caballero.

La relación transferencial y contratransferencial que acontecen en la relación Quijote-Sancho, caracteriza una «simbiosis discursiva» que determina el comportamiento de los personajes, sin cuyo análisis no se puede configurar la relación. Nos detendremos en los pasajes de la novela que reproducen algunas de estas situaciones y cambios de visión que denotan una realidad interna y narrativa diferente.

D. Quijote se “organiza” y pierde atrevimientos en tanto se adhiere a las proposiciones de Sancho asumiéndolas. Para acabar, en una clarificación de la distorsión que le lleva a la «muerte», al verse Alonso Quijano sin posibilidad de ser y/o seguir siendo D. Quijote de la Mancha.

INTRODUCCIÓN

Relación e interacción, pareciera aludir a una misma unidad comprensiva; pero relacionarse supone un grado determinado de comunicación, y la interacción es un proceso más denso, y tiene que ver con la forma en que dos semejantes se comunican vinculándose, en ocasiones, en los dominios de lo íntimo, lo privado y lo público, influyéndose recíprocamente.

Así, la interacción supone una forma a la que dos sujetos pueden llegar, con similares acuerdos, a complementarse e influenciarse, configurando una nueva realidad vital distinta de la que partían.

Esta complementariedad, identifica el hilo conductor de la novela, de dos

personajes, que a veces, pueden ser uno mismo, e implica a múltiples singularidades de la naturaleza humana, en cada uno de los lectores que la visita.

La forma de interaccionar los personajes, nos coloca en un proceso singular, que presenta componentes afectivos, relacionales e identificativos, alternantes y paradójales, al punto que, en ocasiones, no acabamos de comprender en su complejidad en que consiste dicho proceso interactivo, como vamos a ir viendo a lo largo de diferentes pasajes de la novela.

Este vínculo singular y gracioso, influye radicalmente en los protagonistas. Por un lado influye Sancho y su forma de ser, a D. Quijote, y por otro, le influencia a Sancho su caballero, formando una unidad de relación, que implica rasgos de una misma idiosincrasia humana, de ahí, que sea para nosotros un fiel motivo de reflexión y estudio, la sin par andadura de nuestros dos personajes errantes.

El “viaje” que realizan los extraordinarios protagonistas formaliza una tenue, pero inextricable unión de contrarios, que alude a nuestro proceder individual-plural, enmarcados en una forma de hacer y ser concreto, también en nuestra cultura.

Nos encontramos prácticamente en estos momentos, superando el IV centenario de la excelente concepción de Miguel de Cervantes: D. Quijote de la Mancha (1605-2005).

Esta obra conocida mundialmente, se empieza a fraguar en un momento en que el escritor medita los sinsabores de la vida frustrante en la cárcel de Argel. De ahí que su estado de ánimo, sospechamos, tenga que ver con un deseo liberador en extraordinarias aventuras, que imagina el propio novelista, postrado en sus parcos aposentos.

La especial andadura de los personajes diseñados en una aventura quizás idealizada, nos presenta un reflexión rica sobre la novela universal por excelencia de la literatura española. Por ello, es de toda suerte un ejercicio comprometido, si tenemos en cuenta, además, el número de autores destacados, que han dispensado estudio a la misma, desde distintas disciplinas y campos plurales del saber (1).

No nos cabe la menor duda, sin embargo, que la reflexión sobre esta obra genial, puede suscitar siempre nuevos señalamientos, y enfoques de interpretación, desde distintas especialidades del conocimiento, que por ello hacen de esta obra y de sus avatares, un compendio cultural de procesos que, implica a los humanos de forma recurrente y universal. Esta es su grandeza, y a esta singular relación nos vamos a referir, sin perder de vista los procesos interactivos “conspicuos y distinguidos”.

Al igual que la de otros grandes autores de la literatura, la novela de Cervantes, encierra un discurso susceptible de clarificar la complejidad humana, en cuanto que, describe las relaciones e interacciones de dos sujetos impares con el mundo que les rodea. Estos sujetos representan partes o generalidades con su coeficiente de verdad-mentira, de los que formalizamos nuestra cultura.

Atiende el autor en esta narración a distintas cuestiones específicamente

humanas y psicológicas como; el problema del deseo; revelándose ejercicio incolmable, siempre proteico, cómo por boca y experiencia de D. Quijote se encarga de presentarnos el escritor, en las experiencias fallidas del caballero andante.

Cervantes desarrolla en esta novela, distintas configuraciones humanas, diríamos perfiles de personalidad contrapuestos, encarnados en los protagonistas de la imprevisible andadura.

La idealización de estos personajes construida por el ilustre y genial polígrafo, configura un refugio de la cotidianidad insensible y dura, en la que vive el autor, al intentar liberarse por medio de la fantasía, al servicio de la pluma de la cárcel de Sevilla, y “salir” enfrentándose a las aventuras (a las que estuvo acostumbrado por ser a la vez hombre de armas y letras) con sus protagonistas inusitados.

Es en parte por el deseo de recobrar esta libertad por lo que el autor genera en su novela climas emocionales desiguales, y desarrollos psicológicos en la medida que se involucra en la historia de su creación, al ritmo de sus emociones puestas en los personajes, en los que se proyecta, transfiere, niega, magnifica, e identifica, con distintos componentes de lo real, hasta llegar al error interpretativo y contumaz, cuestión que, genera vías identificativas, tanto en D. Quijote como en su escudero.

No resulta novedad el hecho de que la literatura incita al estudio de la psicología individual, ya que en ella suelen estar recogidas las dificultades existenciales, tensiones, pasiones y sufrimientos que caracterizan al sujeto humano (no siempre adecuadamente atendidas por el rigor de la ciencia psicológica).

En algunos casos, como sabemos las obras literarias aleccionan sobre la vida psíquica en mayor medida que algunos tratados de la propia psicología. Obras de los clásicos griegos, como Sófocles y Eurípides y/o de autores más cercanos como; Shakespeare, Dostoievski, Kafka, Camus, Flaubert, el mismo Cervantes, Quevedo, Azorín y Góngora, Gracián o Calderón..., configuran auténticos tratados de psicología, de los que se extrae amplia información, para el conocimiento y la comprensión de inquietudes distintas del vivir y relacionarse, y de las diferentes paradojas y sufrimientos humanos.

Nuestra reflexión, se centra en la narración de Cervantes, D. Quijote y Sancho Panza, a la que podría calificarse de proceso de introducción a la Psicología general. Debido a que en ella aparecen componentes psicológicos diversos en los distintos personajes, son los artífices dos modelos tipológicos en su expresión más amplia, que van desde la distorsión interpretativa, que involucra a la psicopatología, la psicología diferencial, la psicología individual y la necesaria psicoterapia, hasta una diferencia somática, que influencia determinadamente a su forma de ser.

La configuración de los protagonistas principales de la novela, D. Quijote y Sancho simbolizan dos mundos de valores, y tendencias distintas y singulares, construyen formas diferentes de existir y relacionarse con los objetos. Sancho esta ubicado importantemente en el principio de placer, le motiva el «buen vivir» la buena mesa y el disfrute de la vida, en el que no quede excluido gobernar uno o dos

reinos (como le prometió D. Quijote al solicitarle sus servicios para las aventuras gloriosas que habrían de emprender) aunque, más tarde queden en una ínsula, es suficiente. La ingenuidad en la que cae el aplomado escudero al seguir en tal empresa a su ingenioso caballero, bien nos haría dudar de esta sensatez que señalamos.

Podemos convenir en general, que Sancho está muy conectado con el principio de realidad y las reglas de su acción (Grinberg y Rodríguez 1984). La diferencia con D. Quijote es palpable, Sancho se distancia y diferencia de la ensoñación diurna en la que D. Quijote habita, lugar fantástico, y volátil, alejado de lo real, configurador de la motivación existencial del polígrafo; lo espiritual, elevado y altruista, la utopía, el desinterés caballeresco, caracterizan sus valores y formas de entender el mundo, así como sus relaciones, frente a la materialidad y necesidad interesada de Sancho, que está muy preocupado de lo concreto y práctico para “pisar en el suelo”.

La forma de interaccionar y de constituirse los personajes es indicador de la valoración de los mismos, «El gordo y el flaco» son prototipos diametralmente distintos, pueden ser exponentes de una misma moneda, Romero Flores (1951) representantes somático-afectivos, emocionales-cognitivos, y simbólicos de los demás humanos. La síntesis armónica de ambos personajes; sus excesos, carencias y contrapuntos, configuran en una medida la realidad del concreto humano, y la idiosincrasia del inconsciente colectivo de un pueblo.

Cervantes reconstruye la ambivalencia profunda del individuo en los dos personajes de forma magistral, como diría Borges (1977) se complace en confundir lo objetivo con lo subjetivo como en la narración del baciuelmo, además de caracterizar elementos de personalidad, al ritmo de las interacciones situacionales. Configura a un mismo individuo en distintas facetas de cada pasaje, Unamuno (1988).

El objeto de esta reflexión está orientada así a señalar los procesos identificativos, relacionales y persuasivos, guiados por los componentes afectivos, que aparecen en la interacción de los dos personajes centrales de la novela.

La influencia de D. Quijote sobre Sancho, es aceptada mayoritariamente, pero no lo es a nuestro juicio la valoración de organizador psíquico, que adquiere Sancho a lo largo de la novela. La relación singular que utilizando el conocimiento del psicoanálisis se denomina transferencial-contratransferencial formalizan la relación Quijote-Sancho, y aparece en la expresividad de la disertación, que ambos toman y reconstruyen, caracterizando una «simbiosis discursiva» emocional y simbólica, que determinará el comportamiento de los personajes.

Nos detendremos en los pasajes de la novela que reproducen algunas de estas situaciones con la intención de destacar el desarrollo de los mismos, sus cambios de opinión, asimilación del discurso, estrategias en contextos diversos y cambios de comportamiento que denotan la realidad interna.

D. Quijote se organizará paulatinamente y perderá atrevimientos en la medida

que se adhiere a los discursos y proposiciones de Sancho asumiéndolos y comportándose de acuerdo a los valores implícitos del escudero. Los procesos afectivos, identificativos y relacionales son susceptibles de cambiar valores y comportamientos como la psicología dinámica ha demostrado a través del flujo de tensiones de la propia dialéctica comunicativa y de los flujos afectivos transferenciales y contratransferenciales que surgen en los procesos relacionales y terapéuticos, y que aquí tiene por “encuadre” los campos de Montiel preconizando una vez más, y en alguna medida las relaciones terapéuticas ecuestres futuras, en los comienzos de la terapia psicoanalítica.

Defendemos la hipótesis de que la aportación de Sancho es decisiva en el desarrollo de «sensatez» y cordura que adquiere el caballero a lo largo de la novela, para acabar, antes de finalizar la narración, en una clarificación de la distorsión que le lleva a la «muerte», al verse Alonso Quijano, sin posibilidad de ser y/o seguir siendo D. Quijote de la Mancha. Como resulta obvio, muere Alonso Quijano y no D. Quijote, pero se puede caer en la confusión de personaje con sujeto de la novela (Castilla del Pino 1989) asimismo es evidente que el personaje no puede morir superando al sujeto de la novela.

La novela pierde progresivamente a su desarrollo, sobre todo de la primera parte, el atrevimiento y genialidad de las divertidas aventuras del «caballero de la triste figura», para ganar aplomo y control el caballero.

La sensatez filosófica de Sancho cala esclarecedoramente en su amo y señor de tal suerte que dulcifica y equilibra la percepción de su distorsión, hasta el punto de ser, con su elocuencia, artífice eficaz de la cordura que paulatinamente impregna al caballero, quién se revela como fiel conductor, asistente personal, y psicólogo persuasivo. No es Sancho un terapeuta en el sentido que la moderna y/o clásica terapéutica podría situarle. Caeríamos en una generalización inexacta al colocarle en tan complicada y difícil tarea, para la cual no está preparado entre otras cosas, porque su discurso se sitúa, en ocasiones, en papeles similares de fantasía compartida, no obstante es persuasivo y sagaz y no contamina el «principio de realidad» proceso en el que Sancho tan cómodamente se encuentra e impregna progresivamente a D. Quijote.

Situémonos en el comienzo de la novela para atender al análisis del discurso y señalar cómo en los distintos entresijos de la novela, aparecen pautas interactivas transferenciales, afectivas discursivas, y el efecto que tienen sobre la personalidad de D. Quijote.

El autor nos presenta a D. Quijote leyendo libros de caballería identificándose con Tirante el blanco o Amadís de Gaula, y motivado en salir a la búsqueda de aventuras que le den fama y eterno nombre, por estas razones se hace caballero, poniendo nombre a su caballo e ideales a la dama, saliendo a los llanos de Montiel, y llegando a la primera venta que confunde con castillo, donde se nos presenta la primera ocasión de ver «confundirse» al viajero.

En esta venta después de velar las armas y ser armado caballero, recibe la idea del ventero, al que idealiza como alcaide del castillo, de lo necesario de un escudero, que se ocupe de la intendencia, las vituallas y menesteres varios, para afrontar las necesidades de toda aventura.

EL encuentro con los mercaderes toledanos le «ayuda» a volver a casa conducido por un vecino, tras la paliza recibida, y se recupera con los cuidados del ama y la sobrina, para realizar su segunda salida ya con escudero, honor que recae en su convecino Sancho.

En el desarrollo de la relación con Sancho, se va produciendo una dinámica, compleja vehiculada a través de la disertación, en un primer momento seductora, para animar a Sancho a emprender las famosas aventuras de las que sacará provecho y gloria.

Esta relación dialogal propiciará mutaciones en la forma idiosincrásica de instalarse los personajes de la novela, posiblemente a expensas de la propia intención del novelista. No se quiere señalar una identificación de caracteres, que no sólo no es real, ni siquiera deseable, dado que la novela perdería la universalidad de personajes opuestos que tan magistralmente representa Cervantes.

La relación afectiva de D. Quijote y Sancho se nutre de singulares soflamas que ambos intercambian a lo largo de sus conversaciones prolijas, e implica una negociación casi terapéutica, que conforma una consecuencia fenoménica doble, por un lado, Sancho va refinando su «cultura rural» (vigente en nuestra piel de toro) y por otro, va asimilando los códigos y elocuencia de la caballería andante, ganando en elegancia, refinamiento, y asumiendo lentamente, pero de forma inexorable, el síntoma de idealidad de Don Quijote. Cuya transmisión potencia la necesaria identificación y comprensión que le ayudará en la reparadora asistencia del «esforzado caballero».

Sancho necesita escuchar y aprehender consciente e inconscientemente las peroratas de su interlocutor, las claves concretas de las disertaciones del caballero y su sentido subjetivo, para más adelante señalar con aforismos, refranes y breves sentencias los límites de conducta exagerada en que las equivocaciones y fallos de lo real son abultadas, para el ojo del inigualable escudero.

D. Quijote perderá sus fantasías tornándose más cómodo y adaptativo en sus comportamientos en la medida que sufre tropiezos y frustraciones. Pero esto se produce más adelante, ya que, en esta salida como en la anterior, el cariz de las vivencias de D. Quijote presenta una distorsión clara: Las ventas son siempre castillos; las mesoneras y sirvientas, princesas y altas damas; las ovejas y carneros; extraordinarios ejércitos prestos para la lucha,(2) los molinos de viento; gigantes desaforados, las mulas; dromedarios, y la bacía de barbero; es indudablemente el yelmo de Mambrino o «baciyelmo» inicio de síntesis terapéutica señalada por Sancho, que todavía no puede imponer su construcción sobre la realidad fantaseada y magnificada, del hidalgo caballero...(3).

I. CONDICIÓN DE «CABALLERO ANDANTE»

Para D. Quijote la presencia de la amada es una necesidad obligada, puesto que ésta lo es, de los «caballeros andantes». La sin igual Dulcinea es la más bella dama del orbe, a la cual atribuye D. Quijote múltiples dones, llegando a un esplendor que más adelante acepta ser obra de idealizado amor de caballero (conversación con Sancho en la madrugada del Toboso, y al serle cuestionada la realidad de Dulcinea por la Duquesa).

La energía libidinal de Don Quijote, sin genitalidad, se canaliza en la sublimación de su conducta, deshaciendo entuertos y endriagos, favoreciendo a viudas, desamparados y menesterosos, para lo cual no le arredra la lucha en bien de la justicia, una vez que se encomienda a los favores de la amada, en un trance de amor platónico y fantástico, evocando el dechado de virtudes de la doncella, hasta la irrealdad, (este discurso aumenta su valentía temeraria y vence la ansiedad ante la acción) pero suficiente y válida esta idealización para las funciones que precisa nuestro inefable caballero.

Alonso Quijano es un noble manchego pobre, de complexión recia, seco de cuerpo y enjuto de rostro; era bueno por recogimiento y vida ascética, ejerciendo tutoría sobre el ama, la sobrina, además del mozo de campo y el galgo, que acaba por perder su instinto cinegético y depredador, en la medida que su amo comienza a olvidarlos a todos y se obsesiona cada vez más centrándose en las lecturas de sus héroes y leyendas.

La atención a la heroicidad inalcanzable trae parejo el olvido de si mismo en lo cotidiano, además de aficiones y obligaciones de hombre de la época, presenta el ilustre insomnio, falta de apetito y de motivación, que no sea para las actividades que tengan que ver con la construcción mental de esforzado caballero andante, sumergiéndose sin tregua en los libros de caballería que más tarde acabarán en una hoguera en el patio, dirigida por el juicio sumarásimos del cura, el barbero, el ama y la sobrina.

D. Quijote (4) se ha nutrido durante largos días y noches de los libros de caballería. Esta preocupación e interés por la materia hace a sus paisanos reflexionar y tildarle de enajenado; más, cuando vende las fanegas de tierra para comprar libros. Hecho que no tiene por qué extrañar, ya que a pesar del cambio de vigencias sociales y el transcurrir del tiempo, el que hace lo mismo en la actualidad, difícilmente puede escapar a ese calificativo.

De tanto leer vino a perder el juicio: «le pasan las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro» (T.I Cp. I Pp. 88), perdiendo el juicio al tratar de calibrar las abigarradas razones y cartas de desafíos hallados en sus lecturas, como se manifiesta en el famoso requiebro:

«La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura».... (5). Estas y otras

intrincadas elaboraciones disponen al héroe a lanzarse a la reivindicación de su gloria, en la caballería andante.

D. Quijote en plena expansión angustiosa sale en busca de aventuras, que le den fama y eterno nombre. Su inferioridad personal enmascarada y la melancolía que sufría en su retiro son reactivamente compensadas para acabar presentando episodios persecutorios. Se hace acompañar de Sancho, testigo y confidente de sus andanzas, al cual contagia algunas de sus irrealidades, por fe ciega que le tiene su escudero. Este, a su vez, corrige en su amo los errores más gruesos que padece en la alteración perceptiva alucinada y que acabarán en el control de sus impulsos.

D. Quijote se equivoca por querer llevar a la práctica su bondad idealizada: hacer bien a todos es pecar de loco. El hidalgo, movilizado por los ideales caballerescos de justicia, se lanza al mundo de la acción dispuesto a socorrer desvalidos y necesitados, transformándose en D. Quijote de la Mancha o Caballero de la triste figura.

Al salir por las llanuras de la Mancha se produce el nacimiento del inefable caballero, imbuido de la ética caballerescas medieval, por la cual, no sólo quiere imponer al mundo su dimensión de justicia y equidad, sino cambiar, de paso, la realidad al dictamen de sus deseos.

D. Quijote tiene como móvil la impronta que debe regir al buen jurista y es el amor a la justicia. La injusticia y el abuso del débil le enfurecen y enrabieta en extremo, tanto como la risa y la mofa de su «sinrazón». Hasta tal punto esto es así, que se siente con la energía suficiente «in situ» de rectificarlo por la fuerza, o aplicando su discurso «moral» como sistema de control provocando la culpa inhibidora.

El paso de la fantasía a la acción, alimentada por la identificación caballerescas, es lo que nos habla de su impulso descontrolado, en cuanto quiere cambiar la normativa imperante por la vigencia que él considera oportuna (el quedarse en la fantasía y sus habitáculos nos hablaría de cierta distorsión en la emoción o si se prefiere de trastornos de la afectividad). Si hubiera canalizado el discurso en la denuncia de la injusticia social, hoy se le calificaría como «político honrado.»

D. Quijote divide su mente y sus percepciones acomodando la realidad a su propia interpretación, contaminada por la gesta mítico-medieval de los libros de caballería, (pero no estamos ante el caso de un esquizofrénico en el sentido clásico de la Psicopatología Diferencial). Fabrica su imaginación al punto y ritmo de sus lecturas, cayendo en dos fundamentales confusiones en la interpretación de las mismas, al no distinguir el mito de lo real:

- Considera como verdades histórico-existenciales los relatos de caballería.
- Valora como real la posibilidad de rescatar la vida anterior de caballero andante junto a su parafernalia, aplicándola al momento actual en el que vive.

Los fines que esta última premisa señala pudieran ser laudatorios, en la medida

que mejoraran las costumbres éticamente, pero lo que supone un desatino es pasar a la acción en la imposición de los mismos, por la fuerza de su «hercúleo brazo». Es en esta ansia donde el desatino y equivocación se constituyen como hecho, al tratar de someter el tiempo presente a las costumbres y normas del pasado, como en un «lecho de Procusto» imaginario.

Si la parte más señera de su confusión no se hubiera presentado impulsándole a la acción posiblemente se hubiera ensimismado en su casa de labranza por la melancolía generando miedos posteriores a la pérdida y pobreza, ahorrando hasta la tacañería...

En el análisis de la relación Quijote-Sancho tenemos que delimitar los diferentes elementos de personalidad que se decantan en ambos personajes y delinear los perfiles morfológicos y temperamentales de los mismos. Los protagonistas toman vida propia por su densidad personal, desarrollando perfiles de personalidad contrapuestos, tanto como lo sustentan sus características morfológicas.

II NATURALEZA Y TEMPERAMENTO DE LOS PERSONAJES

La «constitución» hace referencia a la estructura corporal y psíquica de una persona; entendiendo por «persona» lo más consistente y propio de cada individuo, y por «personalidad», la organización estructurada de su masa energética en orden a sus relaciones adecuadas con el entorno real (Cencillo: 1975). Por ello consideramos que el trastorno es de personalidad por lo tanto reversible, como la sagacidad de Sancho nos demuestra.

Los personajes centrales de Cervantes están plásticamente grabados en la mente del lector. Nadie puede confundir la figura de Sancho con la de D. Quijote. Ambos son expuestos en la novela como tipos humanos contrapuestos.

Sancho en la configuración mental del lector es pícnico y Don Quijote está catalogado como un sujeto mixto leptosomático-atlético. Es delgado, pero fuerte, con poco volumen muscular pero fibroso, dotado de gran resistencia al sufrimiento y al dolor. Las correrías y violencias a las que le hace enfrentarse Cervantes nos hablan de una magnificación cercana al heroísmo, pues en el peor de los casos le basta para sanar de palizas truculentas y heridas feroces el bálsamo milagroso de «fierabrás», que a Sancho hiciera vomitar las asaduras. Pero para fundamentar algunos de estos rasgos dejemos hablar al escritor: «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro,» (T.I C.I Pp. 86).

En el episodio de los cueros de vino, que tan polémico resulta para los estudiosos, encontramos al caballero en estado de sonambulismo propio del comienzo y el despertar del sueño: «En camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cumplir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello»... (T. I C. XXXV Pp. 418).

El bachiller Sansón Carrasco, convertido en el formidable caballero de los

espejos, la noche antes del desafío describe a D. Quijote como: «hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva.» (T. II C. XIV Pp. 123).

A Sancho la gordura no le permite caminar con soltura, y cuando D. Quijote le invita a ser su escudero (a cambio de alguna Ínsula) Sancho sugiere el apoyo de un asno muy bueno que posee, pues no está adaptado para las caminatas por la Mancha: la talla y piernas cortas, unido al vientre prominente no le hacen ágil caminante. Tales biotipos se inclinan con facilidad a la comida: Sancho disfruta en soledad comiendo sin refinamientos, siendo mejor y más apetecible para él comer pan y cebolla que los manjares o «Gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene en gana, ni hacer otras cosas que la soledad y libertad traen consigo» (T.I C.XI Pp. 157).

Al individuo pícnico le atrae la comida con vehemencia, tiende a adquirir positivamente los «objetos», y la apropiación más íntima y radical se vehícula en la deglución. Introducir el alimento en la boca resultado del encariñamiento oral para que forme parte del yo liberando energía propiciadora de vida, se revela como mecanismo sumamente placentero y erotizado más que necesario.

A su amo le sobra el alimento. En contraposición le atrae más la sobremesa que los alimentos, del mantel prefiere la comida frugal y valora más los coloquios y pláticas que acontecen después de la comida parca. Precisamente por ello es representado con la mente ágil para desarrollar brillantes elaboraciones, como en el «discurso de la edad de oro»: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombres de dorados, y no porque en ellos el oro... se alcanzase...» (T.I C.XI Pp.157).

Desatino y/o cordura de D. Quijote y Sancho es un proceso recurrente, la cuestión de la problemática mental de los ilustres personajes, su grado de fantasía o deterioro de realidad, ha sido considerado y valorado de distintas formas; para algunos han sido considerados como perturbados por el hecho de compartir sueños o fantasías en el deambular de los campos de Montiel. Este viaje de aventuras (Serrano Vicens1966) da pie a lo que algún autor han denominado «locura compartida», síntesis que aún seriamente fundamentada por (Crespo 1988 p,145) no consideramos haga justicia a la complejidad, riqueza y diversidad interactiva de los protagonistas, ya que, al leer en varias y distanciadas ocasiones la obra no surge la preocupación, y drama de locura y caos, más bien produce y frecuentemente risa y divertimento, unido a tristeza, pareciera que Cervantes está de broma en múltiples partes de la misma Torrente Ballester (1975), o que trata de escapar del encierro triste al que esta sometido, más que preocuparse de realizar unos personajes enajenados. En la novela no hay locura que no anide en el sujeto normal, la locura o psicosis, no la habita el que quiere sino el que puede, como señala Lacan, y D. Quijote cabalga en una fantasía elevada que no controla por momentos, alejándose

de ese estado, para transitar por otros espacios emocionales, discursivos y comportamentales, eruditos y sabios, en los que la capacidad cognitiva y razonadora esta perfectamente organizada, como nos presenta el autor de forma frecuente.

La visión de dos enajenados por la Mancha, es hiperbólica, al reducir la totalidad a uno de sus componentes, ya que, de ser cierto esto, implicaría una escisión o deterioro global determinante de los personajes, en la medida que el delirio fuera constante, pero es necesario tener en cuenta otros elementos de la personalidad que no están deteriorados en los protagonistas. Además después de Freud y de la elaboración de los mecanismos de defensa por parte del yo, se advierte una perspectiva clara, sobre la inexistencia de una separación radical entre lo normal y lo patológico.

Los personajes manejan atinadamente registros cambiantes de relación, pensamiento, cognición, comunicación y praxis como en el pasaje en el que D. Quijote le presenta a Sancho un «pagaré», para que le sea entregado a su llegada al pueblo tres pollinos en recompensa a sus sacrificios y pérdidas, carta que no firma el hidalgo, a pesar de que Sancho insiste en que lo así lo haga. Señalando astutamente D. Quijote que al reconocer su letra le harán efectivo lo allí expresado, D. Quijote tiene un desajuste de personalidad pero tocante a las cuestiones de pertenencia se muestra prudente como el hombre más cabal y previsor de los hombres «cuerdos».

Sancho por otro lado, distintamente que su señor, ni puede, ni quiere estar loco o trastornado, por raro que nos parezca la aventura en la que se embarca, y ni siquiera después de recibir, ¡ doblones o pollinas al perder el rucio !, o viniendo a gobernar la ínsula pierde el tino, que demuestra una vez más por la pluma de Cervantes, sensatez encomiable, para regocijo y admiración no sólo del lector atento sino del mismísimo D. Quijote, que naturalmente una vez más, es capaz de discernir y discurrir lo atinado del arte de gobernar, en las máximas dedicadas a Sancho, antes de partir a tan noble como imposible tarea.

La locura de los protagonistas no hace justicia a la complejidad de la interacción de los personajes con su contexto; debido a ser la distorsión una parte de la totalidad psicológica del humano que se formaliza en una interacción abierta y cambiante, cuya dinámica influye en distintas posiciones circulares de control, descontrol y confusión. De ahí que sea tan difícil paralizarlas en la ejercicio cotidiano con estrategias lineales o mecánicas de cualquier signo, que no prevean la interacción multinivélica y factorial cambiante de contenido bio-psico-social, ya que, ambos personajes por ser representante de sujetos humanos, vienen a ofrecer una profundidad y riqueza dinámica inabarcable para la narrativa polisémica del texto, y para la limitación de su reconstrucción o hermenéutica.

El desatino, lo que habla de comportamiento desadaptado, o extravagante, tiene que retrotraerse a las vigencias cambiantes del contexto cotidiano, en este caso querer imponer las vigencias perdidas de la caballería al contexto de un tiempo posterior. Si elevamos esencialistamente este elemento, rasgo de personalidad, o

síntoma, de un sujeto a la categoría de totalidad reduciéndolo a individuo globalmente carente, basándonos en la aceptación de su rol sufriente, o diferente, porque exprese zozobra, alucinación, tristeza, o melancolía, reducimos una parte al todo, o lo que es lo mismo pasamos por el tamiz de un registro, una totalidad diversa e interactiva, pecando de la tendencia abusiva a la patologización que como sabemos genera angustias mayores y gratuitas en quiénes se comete el error de descubrirles cuestiones «parciales» sobre su intimidad.

A los actores de la novela no se les puede encasillar en una relación de «locura compartida», aunque haya indicios. La tendencia de reducir a elementos explicativos de cada observador reduce la disonancia cognoscitiva de los señalamientos que posteriormente conforman la teoría implícita, imponiendo la reconstrucción de una realidad distinta; si perdemos de vista la totalidad del sujeto potenciando lo destructivo de lo inconsciente y patologizamos en exceso, ofrecemos de esta manera una idea de inconsciente compiladora exclusivamente de perversidades, confirmando bajo la interpretación del análisis aplicado, la profecía auto cumplida de Roshental; aquello que esperamos encontrar aparece, y deviene multiplicado en material, que oculta consecuentemente otra producción o realidad genuina diferente; esto tiene la falsa ventaja de que evita la ansiedad de lo desconocido e imprevisible de la escucha abierta.

La locura habita en los referentes irracionales que dan vida a la razón del sujeto denominado «normal». No está en los otros pese a Sartre sino en y con Freud dentro de cada cual, como la psicopatología de la vida cotidiana nos enseña habitualmente, sin olvidar por ello las crisis o estados agudos, o crónicos, en que los individuos precisan distintos tipos de ayuda y contención.

En clínica observamos que los pacientes no se comportan desatinadamente en la totalidad de sus roles e interacciones, por muy deteriorados que se encuentren, son capaces de relaciones productivas también, dependiendo de distintos tempos, con ayuda de fármacos y sin ellos, los pacientes en ambientes hospitalarios realizan trueques, juegos, divertimentos, servicios de jardinería a cambio de dinero, para conseguir como los sujetos sanos, tabaco, bebidas, favores y privilegios; así mismo pueden realizar labores artísticas para obtener libertades y distinciones del resto del grupo social, engañan y se burlan de cuidadores, compañeros, pacientes y personal sanitario, desvalorándolos por su falta de lucidez o clara incomprensión de su realidad, cuestionando con dichas actitudes su exagerada locura y poniendo en tela de juicio los comportamientos de los demás, por lo que es sabido que el cuerdo pasa a veces por enajenado y el distorsionado por sano.

III. INFLUENCIAS E INTERACCIONES EN LOS PERSONAJES PRINCIPALES

No es una cuestión baladí atender a cómo a lo largo de la novela se generan determinados cambios de conducta en sus personajes centrales, que a nuestro juicio,

no pueden ser bien entendidos sin considerar la relación transferencial que se desarrolla entre los personajes señalados de la novela.

Transferencia entendida como el proceso afectivo y emocional que proyecta D. Quijote en Sancho Panza y recíprocamente contratransferencia, esto es, la respuesta que tiene en Sancho esta interacción, Freud (1915); pero esta interacción no sólo se genera como vehículo discursivo, Lacan (1977) Mannoni (1985) sino así mismo, como «dinámica proyectiva, emocional, desiderativa inconsciente» Cencillo (1988) Ortiz Oria (1989), que va conexionando a la pareja hasta producir una vinculación afectiva, Bowlby (1986) unida por fenómenos de amor y odio que generan transferencia positiva y negativa como nos recuerda la psicología dinámica y algunos autores después de Freud como; Balint (1933); Fenichel (1966); Sandler (1986) Racker (1986); Etchegoyen (1986); Cencillo (1988); Castilla (1991); proceso doloroso de separar, como reflejan los siguientes episodios de la novela:

Cuando Sancho se va a gobernar la Ínsula, después de los últimos consejos de Don Quijote, éste se siente deprimido y la Duquesa, notando el cambio de sentimientos, le ofrece todo lo que necesite en escudería y servidumbre; ofrecimiento que es rechazado por D. Quijote, quien se retira a meditar su soledad en silencio.

Elaborar el duelo de la pérdida es necesario y útil para el crecimiento personal como nos recuerda Freud (1917). No olvidemos que Freud fue lector de Cervantes (6) y se identifica con D. Quijote como señalan García de La Hoz (1988) y Grinberg (1989).

De manera análoga, siente Sancho emociones oscilantes cuando deja el gobierno de su ínsula, y acude a buscar al caballero andante para relatarle sus sinsabores, prefiriendo la servidumbre de fiel escudero a los gobiernos de otras ínsulas o provincias, a pesar de ser tan deseadas en otros momentos previos de la salida y de la inextricable relación que les une.

El afecto y la influencia de los dos personajes es evidente a esta altura de la novela: D. Quijote de forma decisiva, va controlando sus desatinos influenciado por la claridad de las ventajas prácticas que tan evidentemente maneja Sancho.

D. Quijote, hombre imaginativo y fantástico, no posee especial capacidad para las situaciones elementales en las que se desenvuelve la existencia. Su imaginación caballerescas no le permite acceder al «principio de realidad», pero poco a poco se ve influenciado por los postulados de su escudero Sancho, al hilo de la relación transferencial-contratransferencial, que, con sus afectos y emociones inherentes, va a modificar la forma de ver y entender el mundo que le aporta el entender de su escudero.

Este fenómeno es recíproco. La fantasía e idealización caballerescas también hacen presa en el cuadro axiológico y existencial de Sancho, debido a la resonancia contratransferencial, Heimann (1950); Greenson (1976); Coderch (1987); Thöma y Kächele (1989); Por otro lado, la prudencia y buen juicio que ha adquirido Sancho en la escuela de la caballería-escudería andante, al lado de su señor, se sedimentan

y son devueltos a D. Quijote con especial sensatez esclarecedora.

Atendiendo a la transacción del discurso y al mundo emocional que concita y tiene lugar a lo largo de las aventuras que recorren unidos, advertimos cómo D. Quijote, va desenvolviéndose en progresivas aventuras con más cordura a lo largo de la segunda parte de la obra. En el inicio, las gestas y hazañas salen a su encuentro porque él va a buscarlas. En la segunda parte que no coincide siempre y exactamente con la de la novela, los hechos son provocados mayormente por otros personajes: el bachiller Carrasco, los Duques...

Los engaños sensoriales primeros se atenúan: las ventas son ventas y no castillos, las rebaños son rebaños y no formidables ejércitos... La misma Dulcinea se transforma en la mente de D. Quijote, llegando a señalar que nunca la ha visto y sólo la conoce de oídas. Lógicamente la aceptación de Aldonza Lorenzo en su realidad, hubiera supuesto la claudicación como caballero, y el fin de la novela.

Los comportamientos del caballero van perdiendo fuerza y fantasía, careciendo de esa desmesura que le caracterizó en la primera parte. En estos momentos se «controla» por la persuasión de su escudero, y por la realidad de los hechos y circunstancias que van produciéndose; prueba de ello lo muestra el autor:

«Y en esto llegan a la venta, a tiempo que anohecía, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo como solía.» (T. II. C. XXIV Pp. 214) La cordura se impone lentamente ya que no confundirá más las ventas con castillos.

D. Quijote empieza a prestar atención a su «discurso», cuando puede darse cuenta de los múltiples errores en los que cae, por no seguir los señalamientos y consejos del escudero. Este es el caso, entre otros, de la liberación de los galeotes, que se había producido en contra de las advertencias de Sancho. Don Quijote, que había hecho oídos sordos de tales advertencias, las recordará después como atinadas y prudentes en estas frases:

«Siempre Sancho lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua a la mar. Si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera escusado esta pesadumbre; pero ya está hecho; paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced -respondió Sancho- como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera escusado de este daño, créame ahora y excusara otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías; que no se le da a ella por cuanto caballeros andantes hay dos maravedís...» (T.I C.XXIII Pp. 270).

Replica D. Quijote esforzadas razones (racionalización del discurso) sobre su conducta, y que no por cobardía partía sino por seguir sus consejos, pues él se enfrentaría a los mismísimos hermanos Macabeos, a lo que le replica Sancho:

«Señor, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no

aventurarse todo en un día...así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.» (T.I C. XXIII Pp. 271).

Estos consejos serán aprendidas por D. Quijote de manera ejemplar, y puestas en funcionamiento en la sin par aventura de la disputa de los lugareños del estandarte asnal.

La actitud de D. Quijote para su escudero, es muy distinta acatando sus consejos e incluso elogiándole, a cuando al principio de la novela, con tolerancia socrática-terapéutica soportó Sancho toda clase de amenazas, insultos, e incluso golpes de su enfurecido señor, *«acting-out»*,

La influencia de Sancho aumenta, hasta el punto de que D. Quijote seguirá las pautas de comportamiento que aquél señala; como aparece reflejado en el paseo del Toboso.

Después de haber pasado la noche en plática le invita Sancho a salir para que el sol no se les coja dentro del pueblo; a lo cual responde D. Quijote:

«Has dicho Sancho, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras, el consejo que ahora me has dado lo apetezco y recibo de bonísima gana» (T. II C. IX Pp. 91).

Tomaron ambos el camino de la floresta donde se emboscara D. Quijote, y Sancho prosiguiera la búsqueda de la dama.

IV. SOSEGAMIENTO DE LA NATURALEZA

Transcurrido el acontecimiento relatado, acontece en la novela un hecho singular, en la medida en que refleja, con certeza, el cambio de posiciones en la valoración de la realidad. El citado hecho acontece en la historia de los faranduleros que iban en la carreta de las Cortes de la Muerte.

La persuasión lúcida del escudero ha conseguido que D. Quijote, preparado y dispuesto para la lucha, ceje en el empeño de exigir justicia.

Este episodio es importante, ya que será la primera vez que D. Quijote, encontrándose en línea de combate, se deja convencer por las argumentaciones de su asistente. Es Sancho quien, ante los acontecimientos difíciles y las decisiones importantes, tiene capacidad de convencimiento; esto no lo consigue el cura, ni el ama, ni los caballeros, ni los duques, o sus sirvientes...

Viendo el escudero que las gentes de la carreta se colocan en formación ofensiva ante las voces de su amo, le señala la locura de la empresa y la temeridad que supone acometer un hombre solo a un ejército donde se reúnen emperadores y reyes, junto a los que se encuentra la muerte, y donde no existen caballeros andantes para entablar reñido combate.

El conocimiento Cervantino de la naturaleza humana es prodigioso. Fijémosnos la finura en la enunciación del “terapeuta”, Sancho al colocar la cadena semántica razonada con los argumentos de su compañero de viaje, utilizando así la

lógica oportuna para fortalecer la prevención.

En estos términos expresa la respuesta el «magnánimo caballero»:

«Ahora si has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarse de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho contra quién no fuera armado caballero. A Ti, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que a tu rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. (Aquí Don Quijote no tiene en cuenta, u olvida, la ofensa del bufón de las vejigas, que asusta a Rocinante y da con su cuerpo en el suelo). No hay para qué, señor tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de agravios... Pues esa es tu determinación Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasías y volvamos a buscar mejores y, más calificadas aventuras...» (T. II. C.XI. Pp. 107).

Asimismo nos encontramos con un pasaje de la novela que especifica el cambio de D. Quijote, y donde aparece un correlato claro en el «discurso emocional». Es la historia del alegato que dirige a los lugareños, que entraban en disputa enarbolando el estandarte del borrico con la lengua fuera, en acto de roznido, alrededor del cual estaban escritas estos osados versos: «No rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde».

Tal era la agilidad y verborrea con la que trata de mediar D. Quijote en el enfrentamiento de los dos pueblos que hizo rebuznar a Sancho, para que advirtieran los allí reunidos que él era también un magnífico orador de policroma nota, emulando al pollino más fornido, privilegiado y filarmónico, de todas las manadas de jumentos que en la Mancha hubieran nacido. Rebuznó Sancho con tal concentración y entusiasmo que uno de los presentes creyéndose ridiculizados, «alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él que dio con Sancho en el suelo. D. Quijote, que vio tan mal parado a Sancho arremetió al que le había dado...» (T. II, C. XXVII, Pp. 239).

Pero al ver la lluvia de palos, piedras y arcabuces con la que los compañeros le recibían, huyó presa de miedo a que una de aquellas balas asesinas no le entraría por la espalda, mientras Sancho se quedaba cubriendo la retaguardia y recibiendo una paliza tremenda.

La conducta del hidalgo en esta aventura es indigna para la ética y valor de un caballero andante, ya que ataca a sujetos que no son armados caballeros y además huye. Sin embargo, después de esta conducta impropia (pero atinada en un sujeto que gana cordura), cuando Sancho regresa le refiere aún estos reproches agresivos como defensa de su culpabilidad:

«Tan en mala hora supistes vos rebuznar, Sancho. Y ¿dónde hallaste vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos, ¿que contrapunto se había de llevar sino de varapalos? Y dad gracias a

Dios, Sancho que ya que os santiguaran con un palo no os hicieran el persignum crucis con un alfanje. No estoy para responder, porque me parece que hablo por las espaldas. Subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebusnos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan a sus buenos escuderos molidos como alheña o como cibera, en poder de sus enemigos» (T. II, C.XXVIII, Pp. 242).

Pero D. Quijote, asimilando el discurso de Sancho a la perfección le replica las sabias enseñanzas que invocará Sancho en la primera parte de la novela movido por el miedo de la aparición de la Santa Hermandad:

*«No huye el que se retira, porque has de saber Sancho que la valentía que no se funde sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. Y así yo confieso que **me he retirado, pero no huído**, y en esto he imitado a muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores.»*

Esta historia muestra cómo se ha dado en D. Quijote una flexibilidad en sus concepciones, como utiliza sistemas de defensa de neuróticos, corrientes como la racionalización, proyección, y negación esforzada, asimilando los códigos escuderos más prácticos y de menos peligro.

Convendremos que en la pluma del escritor el caballero gana sentido del humor y lucidez, que le reporta soluciones más prácticas y menos conflictivas, a estas alturas de la narrativa y de su experiencia como caballero.

Sancho, escudero fiel, amigo, confidente y tal vez organizador psíquico, sigue al lado de su señor. Al salir de Barcelona pasan por el lugar donde fuera vencido por el caballero de la Blanca Luna y al oír las quejas y ver la congoja de D. Quijote le dice para consolarle:

«Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades, y esto lo juzgo por mi mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de a pie no estoy triste. Porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y, sobre todo, ciega, y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba, ni a quién ensalza. Muy filósofo estás, Sancho; muy a lo discreto hablas; no se quién te lo enseña...»

Reconoce la culpa D. Quijote en su impulso, al no valorar el grandor del caballo de la Blanca Luna, pero admite sensatamente la capacidad de los hombres de la realización de su propia suerte: «Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones.» (T. II. C. LXVI. Pp. 527).

Tarde y en buena lógica otorga razón una vez más a las repetidas advertencias de su escudero, pero si hubiera hecho caso en el momento que éste las formula no hubiera sido D. Quijote y no se hubiera escrito la historia tan aleccionadora, ya que,

esta sentencia revela en el caballero una decisión de vivir de acuerdo a sus creencias aún a expensas de sufrimientos y derrotas que son el precio de la libertad, decisiones que nadie puede tomar y realizar por otro, más que el individuo que vive su propio destino.

Al final de la novela, en su decadencia, bajo de defensas y vencido por las adversidades frustrantes y las persuasiones va haciéndose cuerdo, camino de su aldea, es cuando cifra lo que de loco va quedándole en ser un pastorcillo de ovejas, cantor de endechas y aficionado a la música de las gaitas zamoranas y de albogues. Don Quijote pierde el ánimo, ya no puede sostener el espíritu dolorido en un cuerpo debilitado por las hazañas tremendas realizadas rayanas en el heroísmo.

Ataca a Don Quijote una fuerte calentura (7) que le devuelve paradójicamente la cordura, pero le precipita en las horas postreras de su vida por melancolía y tristeza de verse Alonso Quijano, y no poder salir en busca de aventuras con el mejor escudero que tuvo nunca caballero andante.

No le quedan fuerzas más que para volver a su lucidez, pedir perdón por sus desvaríos hacer testamento y desmayarse con frecuencia. Royo Villanova (1905)

Cervantes tenía que solucionar el final de su personaje y artífice y lo hace propiciando la muerte de Alonso Quijano, Castilla del Pino (1989) quien por otra parte permite la existencia del personaje para poder finalizar la novela, pero la muerte del sujeto es inmortalidad del personaje que posibilita distintas identificaciones en los sujetos presentes y venideros. Al morir Quijano, Don Quijote pasó para siempre al reino de la inmortalidad, como los hechos y andanzas heroicas de Montiel, Barcelona, o para soñar en la cueva de Montesinos (8)... y sigue vivo en la mente de los hombres y en la idealidad ética de sus andanzas Ortega y Gasset (1982).

Quien lee el Quijote no puede pensar que sea un personaje de ficción, no se concibe el que no existió D. Quijote un día, y si llega a la frustrante convicción de su mítica y fabulación, ahí están sus andanzas y hazañas para sentirse uno mismo Alonso Quijano el bueno, convertido en D. Quijote de la Mancha personaje ideal, dispuesto a desfacer entuertos, socorrer doncellas y viudas, ayudar a los menesterosos y desposeídos.

D. Quijote no muere al fin de la novela para dar una configuración e identidad a sus seguidores de hazañas, para crear una filosofía de la vida, un héroe irreal que el común de los sujetos emulan en distintas ensoñaciones y comportamientos cotidianos.

Cervantes, D. Quijote y Sancho son tres «hombres buenos» y uno a la vez, forman rasgos y elementos de la estructura de personalidad que todos poseemos en múltiples facetas y rasgos, los personajes son tan humanos que devienen de los mejores sujetos entre los humanos, configuran personas inolvidables en la novela, como han hecho notar otros autores, y corresponden a mitos sociales, tipos universales que poseen emociones, sentimientos, pasiones, conciencia, actividad

psíquica y un gran sentido del humor..., que serán válidos como reflexión y contraste, mientras el hombre siga existiendo en este lugar que no es dado para vivir, y pretenda seguir siendo humano.(9)

NOTAS

- 1) Entre los autores que han desarrollado reflexiones sobre la novela de Cervantes cabe destacar pensadores de la talla de Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Royo Villanova, Madariaga, Laín Entralgo, Luis Rosales, Torrente Ballester, De Riquer. En el campo de la psicología y la psiquiatría se ocuparon autores como Esquirol, Louveau, Gutierrez Noriega, Vallejo Nájera. El mismo Freud aprendió castellano para leer la novela de Cervantes. También han dedicado reflexiones, de importante implicación en la psicología dinámica autores como Grinberg (1984), Crespo (1988)...
- 2) En el cap. XVIII aparece la narración de los caballeros que se encuentran en formación para el combate, enmascarados en la nube de polvo del rebaño de ovejas, esta descripción configura uno de los fragmentos más hermosos, barrocos y delirantes en los que Cervantes hace gala del conocimiento de la famosa literatura de caballería que tanto enarbolaba a D. Quijote y cuyo comienzo señala: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata...»CP. XVIII -217
- 3) En la mayoría de las distorsiones severas de personalidad se da un dato curioso y radica en el hecho de que los personajes, a los que se coloniza identificativamente, no son personas que tengan escasa relevancia social: abarroteros, peones, carniceros, lecheros, albañiles, canasteros; sino que por el contrario la idealidad del yo distorsionada, se fija en personalidades célebres de la historia, reales o imaginarias: Mambrinos, Alejandros, Napoleones, Pentapolines, Alifanfarrones...
- 4) Cervantes pasó algún tiempo meditando cual podía ser el nombre del ilustre caballero, conviniendo al final denominarle «Don Quijote de la Mancha». La partícula «Don», en la época que se escribe la novela, era atribuida únicamente a personas de alto rango. Ni siquiera al mismo Cervantes le pasó por la cabeza distinguirse con este señalamiento pues suponía presunción, y mofa, señalada como consecuencia del atrevimiento. La calificación de «Don» a nuestro hidalgo caballero refrenda la sutil broma que el tiempo nos enmascara, pero no la costumbre de la época ni la intención del escritor (M. de Riquer:1986). Así mismo, la palabra Quijote esta formada por el sufijo «ote», que en castellano connota humor e hilaridad, unido al apellido «Quijano» o «Quijana», derivando en «Quijote»; orientado e inspirado en la del «hidalgo Camilote» (Alonso. D. 1933). En el uso popular, la palabra Quijote se utiliza para calificar la persona que está siempre dispuesta a intervenir en asuntos que no le conciernen (defensa de la justicia...). No se usa normalmente como metáfora positiva, y corrientemente connota desprecio hacia la persona que se califica como tal. Quijote asimismo se denomina a la parte de la armadura que cubre el muslo, y a la parte superior de las ancas de las caballerías. (Moliner, M.:1983)
- 5) Esta manera «afectada» de escribir, que Cervantes intenta parodiar, se ve reflejada en célebres párrafos, como el del «rubicundo Apolo», en el que D. Quijote expresa:
«Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos,...., que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.»
(La obra que se está citando corresponde a la edición de Don Quijote de la Mancha, en Cátedra. 1977. T.I Cp.l. Pp. 86).
- 6) El contacto de Freud con Cervantes aparece narrado por el mismo en una carta del 7 de febrero de 1984 que leyendo con su amigo Silverstein el coloquio de los perros se asignan los nombres de

Cipión (Freud) y Berganza (Silberstein) en la que Berganza cuenta su vida en la penumbra a Cipión el que escucha y mantiene una actitud orientadora perfectamente adecuada al carácter de Freud viendo Grinberg (1989) una identificación con el papel de Cipión germen muy acabado de la relación del psicoanalista y el psicoanalizado que pone en funcionamiento Freud con el método catártico en las primeras experiencias con la histeria.

- 7) Se ha pensado durante mucho tiempo que las calenturas podían curar la locura. De ahí la feliz idea del autor de la novela al procurarle fiebres altas, cuando regresa al Toboso, para sanarle la locura (La calentura la locura cura) y caer enfermo con desvanecimientos y alteraciones cardiacas (Goyanes: 1932).
- 8) En el episodio en que D. Quijote baja atado a la cueva de Montesinos da una explicación a un ensueño vívidamente experimentado por el enrarecimiento del aire en el fondo de la cueva que ocasiona que D. Quijote reaccione con obnubilación y sueños anóxicos.
- 9) No sería extraña la influencia que tiene el símbolo del Quijote en el inconsciente y memoria colectiva de un pueblo que lo produce, y en ocasiones realiza comportamientos altruistas y desinteresados, típicamente quijotescos. Unamuno (1985)

Referencias bibliográficas

- ALONSO, D. (1933). «El hidalgo Camilote y el hidalgo Don Quijote» *Revista de Filología Española*. XX. 1933. Pp. 391-397 y XXI 1934. Pp. 283-284.
- BALINT, M. (1933.) *On transference of Emotions Primary Love and Psychoanalytical Technique*. Londres. Tavistock.
- BORGES, J.L. (1977) “Otras inquisiciones” En *Obras Completas (1927-1977)* Buenos Aires. Ultramar. Pp. 667-668.
- Bowlby, J. (1986.) *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid. Morata. Orig. (1943)
- CASTILLA DEL PINO, C. *Patografías* Madrid: Siglo veintiuno. 1991
- CASTILLA DEL PINO C. (1989) “La “muerte” de Don Quijote”. *Anthropos*. Don Quijote de la Mancha Pp 60-64 Barcelona. Anthropos.
- CENCILLO, L.(1975). *Dialéctica del concreto humano*. Marova. Madrid.
- CENCILLO, L. (1988). *Interacción y comunicación*. Amarú, Salamanca.
- CERVANTES, M. (1977). *Don Quijote De La Mancha*, I.II. Ed. Cátedra. Madrid.
- CODERCH, J. (1987) *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona. Herder.
- CRESPO, L.F.(1988) *Paradojas y metamorfosis de los Esquizofrénicos*. Madrid. tecnipublicaciones.
- DE MAEZTU, R. (1938). *Don Quijote, Don Juan y La Celestina*. Espasa-Calpe. Madrid 12ª edición.
- DE RIQUER, M. (1986). *Aproximación al Quijote*. Ed. Teide. Barcelona..
- DE UNAMUNO, M. (1985). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Espasa-Calpe. Madrid. 18ª edición.
- ETCHEGOYEN, H. R.(1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires. Amorrortu.
- FENICHEL, O. (1966) *Teoría psicoanalítica de las neurosis* Buenos Aires. Paidós.
- FLORES ARROYUELO, F. (1979). *Alonso Quijano, el Hidalgo que encontró el tiempo perdido*. Murcia.
- FREUD, S. (1915) *Lecciones de Introducción al Psicoanálisis V. 6* Obras Completas. Índices temáticos 9 vols. Madrid. Biblioteca Nueva. Pp 2391y ss.
- FREUD, S. (1917) *Duelo y Melancolía V. 6* Obras Completas. Índices temáticos 9 vols. Madrid. Biblioteca Nueva. Pp. 2091y ss.
- GARCÍA DE LA HOZ, A. (1985) «Cervantes Freud un vínculo a través del tiempo». *Revista de psicoterapia y psicología social aplicada* Vol. 38. pp 565-580. Madrid.
- GOYANES, J. *Tipología de El Quijote*. Ed. Aguirre. Madrid
- GRINBERG, L.(1989) *Introducción a la teoría psicoanalítica* Madrid. Tecnipublicaciones.
- GRINBERG, L. AND RODRIGUEZ, F. (1984.) *The Influence of Cervantes on The future creator of Psychoanalysis* *Int. J. Psycho-Anal.* 65. pp.155-168.

- GREENSON, R.R. (1976) *Técnica y práctica del psicoanálisis*. México. Siglo XXI.
- HEIMANN, P. "On Counter-Transference". *Inter.Journn.of Psych.* 31pp 81-84 1950.
- HILBORN, H. "Lo subconsciente en la psicología de Sancho Panza" *Studia Ibérica*. Pp. 267-280.
- LACAN, J. (1977) *Los Cuatro Conceptos del Psicoanálisis*. Barcelona. Barral.
- MADARIAGA, S. (1978). *Guía del lector del «Quijote»*. Ed. Espasa-Calpe. Madrid.
- MANNONI M. (1985) *Un Saber que no Sabe*. Barcelona. Gedisa.
- MOLINER, M. (1983). *Diccionario de uso del Español*, Ed. Gredos. Madrid.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1982). *Meditaciones Del Quijote. Ideas sobre la Novela*. Espasa-Calpe. Madrid 4ª edición.
- ORTIZ ORIA, V. (1989). «Aproximación al fenómeno de la transferencia en la obra psicoanalítica de Luis Cencillo». En Sosa, N.M. y Ortiz, V. (Eds.); *Entre las Ciencias Humanas y la Etica*. Universidad de Salamanca, pp. 97-109.
- RACKER, H. (1986) *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Barcelona: Paidós
- ROMERO FLORES, H. (1951). *Biografía de Sancho Panza*. Ed. Aedos. Barcelona..
- ROYO VILLANOVA, R. (1905). «Don Quijote y la locura.» pp. 221-249.
- SANDLER, J. (1986) *El paciente y el psicoanalista* Paidós. Barcelona.
- SERRANO VICENS, R. (1966) *Ruta y patria de Don Quijote*, Madrid Estados.
- THOMÄ, H. KÄCHELE, H.. (1989.) *Teoría y práctica del psicoanálisis* Barcelona: Herder.
- TORRENTE BALLESTER, G. (1975). *El Quijote como juego*. Ed. Guadarrama. Madrid.